



Sobre el sólido fundamento de Su amor

La celebración eucarística de este domingo se inicia con una afirmación que se hace profesión de fe: *"El Señor es fuerza para su pueblo"*.

Ciertamente que necesitamos, en estos tiempos tan olvidadizos, de ese vigor para recordar lo que en la oración colecta se nos dice como preciosa afirmación: estamos establecidos *"en el sólido fundamento de tu amor"*.

Este amor tiene la solidez, como así lo expresa el término latino *soliditáte*, de una roca y el origen de este fundamento es el bautismo.

Saboreada en nuestro interior esta certeza, todo nuestro ser se llena de una profunda alegría que es la alegría del evangelio.

Para el pueblo hebreo las rocas del desierto, que veían en su caminar hacia la tierra prometida, eran todo un símbolo que les hablaban de la fidelidad de Dios. Más aún, les ayudaba a intuir Su misterio. Allí estaban, desde hacía millones de años, y allí permanecían desafiando el paso del tiempo.

Así como las plantas buscan siempre luz para realizar el proceso (la fotosíntesis) a través del cual obtienen su alimento, los seres humanos, desde que existen en la tierra, han estado buscando a Dios, porque al crearnos a su imagen y semejanza cfr Gn 1,26, ha dejado en nuestro interior la huella de Su presen-

cia.

El olvido de Dios en la cultura actual

Un autor pagano, Plutarco, siglos antes de Cristo, dijo que había visto ciudades sin murallas, poblaciones sin patios y sin foros, pero nunca sin templos, porque la dimensión religiosa es parte esencial de la naturaleza de nuestro ser.



El espíritu religioso y la idea innata de Dios pertenece a nuestro ser más profundo. Viene a ser como la roca sobre la que se construye nuestra humanidad.

Siempre el ser humano ha sentido la presencia de Alguien, superior a nosotros mismo y que se nos escapa, pero que se intuye que ahí está, por la ternura con la que acaricia nuestra vida. Así sucede con el aire: lo sentimos pero no lo vemos y tampoco lo podemos atrapar, puesto que se nos escapa, pero... gozamos del abrazo con el que nos envuelve.

Vivimos en una cultura que ha ido desplazando el misterio de Dios. Un misterio de amor creador sobre el hemos de construir nuestra vida. Las consecuencias, de esta situación, no pueden ser más negativas. Donde Dios desaparece, el hombre se empequeñece, porque el fundamento de su dignidad y grandeza no es el mismo; es el Señor. Dostoievski tiene un personaje en su novela *"Los demonios"* que dice: *"Si Dios no existe, todo se vuelve lícito"*. Es decir: la humanidad termina

por volverse inhumana.

Pablo VI, en la Encíclica *"Populorum Progressio"*, escribió que el hombre puede construir esta ciudad terrena sin Dios, pero sin Él, el hombre termina construyendo este mundo contra el mismo.

Primera tarea evangelizadora

La primera necesidad de nuestro tiempo es enseñar al hombre de hoy *"amar y respetar a tu santo nombre"* como pide la colecta de este día.

En el Antiguo Testamento el nombre de Dios se identifica con su persona, de ahí que únicamente era pronunciado en el *"Día del Gran Perdón"*. El pueblo era perdonado porque, a través de la invocación de Su santo Nombre, entraba en contacto con Su misma vida que es fuente de misericordia.

Es todo un reto el que tenemos los bautizados. Este quehacer puede llevarnos a que se haga realidad en nuestra vida lo que vivió el salmista del responsorial de hoy en la suya propia:

"Por ti he aguantado afrentas. Soy un extraño para mis hermanos, un extranjero para los hijos de mi madre" y todo esto porque "el celo de tu templo me devora".

La tarea de hacer, en nuestra vida, en nuestra cultura, en nuestro mundo, un hueco para el nombre de Dios -por medio de palabras y gestos- a fin de que sea respetado y amado, puede llevarnos a la marginación. Ante semejante situación el Señor en el evangelio nos dice: *"no tengáis miedo"* porque el Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones, será la fuente del mayor consuelo cfr Seq. De Pentecostés.





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sl 68, 8-10. 14. 17.

Por ti he soportado afrentas
y la vergüenza cubrió mi rostro;
me convertí en un extraño

para mis hermanos,
fui un extranjero para los hijos de mi madre:
porque el celo de tu Casa me devora,
y caen sobre mí
los ultrajes de los que te agravian.
Pero mi oración sube hasta ti, Señor,
en el momento favorable:
respóndeme, Dios mío, por tu gran amor,
sálvame, por tu fidelidad.
Respóndeme, Señor, por tu bondad y tu amor,
por tu gran compasión vuélvete a mí.
Que lo vean los humildes y se alegren,
que vivan los que buscan al Señor:
porque el Señor escucha a los pobres
y no desprecia a sus cautivos.
Que lo alaben el cielo, la tierra y el mar,
y todos los seres que se mueven en ellos.

Oración sentida y dolorida es este salmo responsorial que brota del corazón de quien se siente sumergido en un mar de sufrimiento. Acaso ¿no nos recuerda al Señor? La tradición de la Iglesia ha visto en esta plegaria la oración de Jesús y, é y con él, la de todos los que han sido perseguidos por “causa de la

justicia”; es decir: por querer vivir en el amor y respeto al Nombre Santo de Dios.

El salmo es un largo y desgarrador lamento, con tensiones y emociones, de un creyente que sufre espiritualmente a causa del odio y la malicia de los hombres, que lo calumnian empañando su honor. “*Por ti he aguantado afrentas*” confiesa el orante en el versículo octavo.

En los momentos de la prueba, de la persecución, cuando “*soy un extraño para mis hermanos, un extranjero para los hijos de mi madre*” y esto “*porque el celo de tu templo me devora*” v. 10, caben dos reacciones:

- a) La desesperación que lleva al desánimo.
- b) la oración que se transforma en confianza.

Se dice que San Juan de la Cruz hablando en cierta ocasión en el locutorio con una joven carmelita, sor Francisca de la Madre de Dios, le preguntó: “*¿Cómo es tu oración?*” Y ella respondió: “*Yo considero la hermosura de Dios; y me alegro de que tenga tanta belleza*”. La belleza de Dios, curiosamente, se revela en la cruz.

La sociedad no comprende el dolor ni la muerte porque no comprende la vida.

En el momento de la prueba ¿Qué pedir?...El éxito, para salir de la prueba, está en la luz de Cristo, que es también la clave para entender la persecución; la Cruz es siempre la clave de la Resurrección.

El sufrimiento, transfigurado por el amor, es siempre fuente de comunión.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

**Domingo XII
del tiempo “per annum” “A”**



**Un texto para guardar
en la memoria del corazón**

Dijo Jesús a sus apóstoles:
No tengáis miedo a los hombres, porque nada hay encubierto, que no llegue a descubrirse; ni nada hay escondido, que no llegue a saberse.
A quien se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos. Y si uno me niega ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre que está en los cielos.